

Este andamiaje categorial, explicativo, casi no se ve en el trabajo de Lijphart, a quien parece haber cegado su interés concreto por Bélgica (metodológicamente puesta en comparación cauta con dos países similares, como son Canadá y Suiza) así como por el brillo de una tecnología estadístico-social (que gravita sobre el cálculo de los índices de fragmentación diseñados por Rae y Taylor, y los ángulos de entrecruzamiento de cada uno de los pares de fracturas sociales).

Imposibilitados para detenernos a examinar en detalle los resultados concretos de las comparaciones de Lijphart, recordaremos sólo que el índice de fragmentación (F) mide la probabilidad (que oscila entre cero y uno) de que dos individuos de una sociedad pertenezcan a grupos diferentes, y que es tan próxima de las medidas de diversidad lingüística de Greenberg-Lieberson; así como que el ángulo de entrecruzamiento oscila entre 0° (para la coincidencia de fracturas) y 90° para el entrecruzamiento extremo. Para desesperación de los matemáticos, pero con justificación para los especialistas en ciencias humanas que apenas tentalean en la oscuridad, el supuesto es, siempre, que el espacio social es plano ya que aún es temprano para explorar las posibilidades de concebir espacios sociales curvos...

En términos muy amplios, la aplicación de estas medidas muestra que es mínimo el entrecruzamiento de partido y religión (a veces no creencia dogmática o afiliación eclesiástica, sino práctica religiosa en distinciones que quizás conviniera poner en paralelo con las distinciones lingüísticas entre lenguaje, lengua y habla); que en Bélgica y Suiza, a aquel le sigue el del partido y la clase, y que el de partido y lengua se aproxima a los

90%, mientras en Canadá el orden es inverso pero "el ángulo agudo entre partido y clase se puede deber a la cuasicoincidencia de las divisiones religiosa y lingüística".

Una información particular sobre Bélgica (que así parece aproximarse a las soluciones suiza y canadiense) también debe recogerse, pues sin ser federal como Canadá y Suiza, "se está desplazando hacia soluciones federativas territoriales y funcionales (en los partidos y en el parlamento; 1º) en los partidos que ya no cortan de través las separaciones lingüísticas y han comenzado a dividirse (dos ramas del católico, dos de los sociales y liberales, flamencas las unas, valonas las otras) y 2º) en el parlamento, que se divide en dos "consejos culturales" para servir "dentro del ámbito de la autonomía educativa y cultural concedida a cada comunidad lingüística" por las reformas de 1970.

En suma, una comunicación que, por sus aportes teóricos, metodológicos y técnicos, rebasa las descripciones, escuelas de situaciones y conflictos sociolingüísticos (que tienen que ser el punto de partida pero no el de llegada) y hace pensar en la posibilidad de que cuando autores como Lijphart se empeñen en ordenar y sistematizar mejor aún sus materiales, se podrá empezar a tener, realmente, una sociología del lenguaje e incluso, en términos más amplios, una auténtica sociolingüística.

Oscar Uribe-Villegas

Chaim Rabin: "Cultural Aspects of Bible Translations". *Sion*. 1971, N° 7-8. pp. 237-46. St. James Press, Jerusalem, 1971.

La presencia de un maestro se reconoce de inmediato aun en pequeños productos académicos como éste, que recoge una conferencia, dada por el Maestro Rabin en un seminario que organizó el Patriarcado Armenio en 1969, para tratar los problemas planteados por la traducción de la Biblia al armenio. El maestro israelí señaló —entonces— con plena honestidad, que ni era especialista en armenio ni conocía los problemas de la traducción bíblica a ese idioma. Pero, como esperaban quienes le invitaron, su contribución fue aleccionadora: útil para el asunto concreto e inspiradora en otros varios sentidos. En estos últimos, nos interesa particularmente por su certera intuición sociolingüística.

La traducción de la biblia forma parte de la historia cultural de la Humanidad. Las soluciones dadas al problema de traducir ese texto a diferentes lenguas están relativizadas socioculturalmente. Su diversidad, la diversidad de sus adecuaciones e inadecuaciones, la diversidad de sus adaptaciones sociolingüísticas (que las hacen fieles a la lengua del original, fieles a ésta y a su cultura, fieles a la cultura original, pero no a la lengua, o infieles a ambas) plantean, en términos concretos (un texto-muchas versiones), el problema general de la traducción.

Cuando el problema se plantea en términos de filosofía lingüística, se llega a la conclusión de que traducir es imposible; pero, a la teoría la desmiente la práctica: hay traducciones; luego, traducir sí es posible.

Traducir —se dice— no es sustituir unas palabras por otras juzgadas equivalentes; la traducción, como indica Rabin, para serlo, tiene que pasar la prueba operativa de producir los mismos efectos (sicosocialmente) que hubiera producido lo traducido;

debe de equivaler, en cuanto estímulo sicosocial, la traducción, al texto traducido. O —seamos más modestos— debe ser juzgado esto último, por lo menos, capaz de producir esos mismos efectos.

La dificultad aumenta cuando lo que hay que traducir es un texto sagrado porque ¿es sólo “sagrado”, intangible, en el sentido en que empleaba Durkheim el término, el contenido? O ¿lo es también la forma? Aun en términos operativos, si la traducción ha de ser “estímulo sicosocial tan eficaz como el texto traducido”, hay mucho de la lengua original —incluso el ritmo— que debe conservarse.

M. N. Nair, en *The Dynamic Brahmin*, ha tratado de problemas igualmente sutiles en relación con experiencias indias de traducción de textos religiosos (textos cristianos en tamil) que no lograban el efecto buscado por la falta de las sonoridades acostumbradas en otra lengua, en otra religión: en la lengua sánscrita de la región brahmánica.

Rabin reconoce que mucha de la ineficiencia de ciertas traducciones bíblicas depende de la inadecuación de los ritmos; de lo indebido de las alternancias o de la falta de alternancia de las frases cortas y de las largas.

El problema de las mundivisiones que es ya, de por sí, mitad filosófico, mitad sociológico (de filosofía de la cultura, de sociología del pensamiento sociofilosófico) adquiere aquí una precisión más: la lingüística. Cada lengua —como todas las otras lenguas— se decía, refleja una sola y misma realidad; por ello, en último término, cada una diría en forma distinta las mismas cosas que las demás. Hoy, tras siglo y medio de investigaciones, se ha descubierto que las lenguas no reflejan sino que digieren esa realidad; que la remodelan a su

imagen y semejanza y que la presentan a través de un prisma o una retícula característica de cada una.

Esa retícula no es —además— simple; es, por lo menos, doble: retiene y deja escapar la realidad a través de un entrecruzamiento de hilos gramaticales y de hilos léxicos.

En el caso concreto, el hebreo —como el armenio, según parece, pero en forma más simple que él— tiene *aspectos* verbales (completud, incompletud de las acciones) que difieren de los *tiempos* de verbo de la mayoría de los idiomas a los que la Biblia se traduce y, por otro lado, usa el plural mientras los otros lo emplean no opcionalmente como él sino de manera obligada. Además, en términos de vocabulario, cada palabra hebrea tiene una polisemia que impide su coincidencia biunívoca con todas y cada una de las aristas polisémicas que otros términos que supuestamente le son equivalentes en otras lenguas (de acuerdo con anisoformismos lingüísticos que a subrayado también el lingüista español Francisco Adrados en sus *Estudios de Lingüística General*).

Ahí está el meollo de la cuestión. Las soluciones que se le han dado son variadas y, socioculturalmente, han estado condicionadas (aunque no hayan estado determinadas) por la sociedad y por la cultura. Solución, la da la Septuaginta, que está, exteriormente, en griego; pero que “no suena a griego”; que interiormente, sigue siendo semita por la alta frecuencia relativa de construcciones que helénicamente, si bien son válidas no son tan frecuentes entre los escritores griegos; lo sigue siendo por los significados aceptables pero marginales de las voces griegas que emplea para traducir la hebrea. Solución, la proporciona —también— el *Targum aramaico* que apoya y complementa el texto original; que lo traduce y lo

interpreta; que lo repite en forma lingüísticamente distinta, después de que el original ha sido leído en la sinagoga. Solución la hay, en las comunidades cristianas, que tomaron para sí versiones judías de la Biblia o elaboraron otras, propias, para sustituir con una nueva autoridad, al texto original; pero, ésa también es y no es una solución.

Antes aún de decidir ¿cómo traducir la Biblia? hay que determinar si se puede; si se debe, o si ni se puede ni se debe traducir la Biblia (o, alternativamente el Corán o cualquier otro texto sagrado). Cada religión, cada sociedad, cada época, cada comunidad lingüística da su respuesta, y las respuestas son muchas y variadas. Los musulmanes prefieren *no* traducir el Corán. Los judíos, originalmente, preferían no traducir la Biblia; pero, en el Medioevo, lo *permitieron* sobre el supuesto de que la traducción: 1) fuera palabra-por-palabra, 2) se destinara a los niños y 3) fuera complemento del original. El cristianismo ha sido —por excelencia— iglesia traductora de la Biblia, gracias a un esfuerzo iniciado por judíos que procedieron así incluso frente a la aseveración talmúdica de que “el día que se tradujo el Pentateuco fue tan decisivo para Israel como aquel en que se construyó el Becerro de Oro”.

Las traducciones de ese texto lo han sido: al arameo, al griego, al latín, a las lenguas vernáculas de Europa...; han sido literarias o literales; han sido arcaizantes o modernizantes. San Agustín favorecía la traducción literal de ese texto *sagrado* en una época en la que, desde ya hacía mucho, los romanos sabían traducir del griego en forma artística y no literal. Jaime de Inglaterra patrocinó la Versión autorizada, la cual imitó en inglés las frases y el estilo hebreos, creando así un inglés ecle-

siástico que no era el inglés contemporáneo y que, con todo, lograba ser bello. La revisión del S. XIX tampoco estuvo en el inglés de su siglo pues trataba de realizar "la idea de un inglés bíblico" propia de esa época; falta de ritmo, esa revisión fue rechazada en beneficio de la antigua que ha acabado por resultar tan bella para muchos ingleses (al inglés se le llamó en una época "el Pueblo del Libro") que desestiman hasta la belleza del mismo original hebreo cuando llegan a conocerlo. Y, hoy, se trata de hacer versiones modernas que tal vez —como prevé Rabin— lleguen al extremo de redactar las escenas iniciales del Paraíso como un verdadero diálogo; con guiones que indiquen dónde principian los parlamentos de Eva y dónde los de la serpiente.

Los problemas sociolingüísticos están presentes por doquier: una versión en inglés puede no ser igualmente idónea para Inglaterra y para Estados Unidos de América, o una en castellano para España y para Iberoamérica, porque, dentro de las comunidades hablantes respectivas hay diversidades culturales que afectan los significados, las relaciones de significado, los ritmos mismos. Las viejas versiones de la Biblia ya no suelen ser útiles para el presente, porque se prepararon en otro tiempo, para los letrados (que eran pocos); para quienes eran capaces de interpretarlas por sí mismos mientras que a los iletrados se les transmitía oralmente, junto con su interpretación. Hoy —en contraste— extendido el alfabetismo, cada quien puede tomar por sí mismo la Biblia e interpretarla a su modo. Este —conforme señala Rabin— puede ser un factor en "la formación de las sectas más desviadas de los países anglosajones".

La observación de Rabin es importante no sólo en éste sino en otros

ámbitos más amplios: sociopedagógicos, sociopolíticos. Alfabetizar a las masas, difundir la lectura entre ellas, darles medios económicos para adquirir material impreso es sólo un valor *instrumental* —de por sí, ni bueno ni malo— ya que si, simultáneamente no se las educa cívica y moralmente, utilizarán ese nuevo instrumento para su propio mal y para el de los demás: para su destrucción. Así nos lo mostró la respuesta de algunos mexicanos indígenas que revelaban la apatencia de ser castellanizados "para leer las revistas que hablan de señores que se casan con otros señores".

Ampliar la *citizenship* (como suele decir la historia política inglesa) y dar derechos a todos, sí; pero sólo si *antes o simultáneamente* se les ha enseñado a los nuevos ciudadanos cómo ejercer críticamente sus derechos, ya que, sin ello, o "se irán a la carga" mantenedora del *statu quo* o destruirán la democracia que se supone deberían ayudar a consolidar con su participación responsable.

Abrir caminos, sí, para permitir que los indígenas salgan de sus comunidades cerradas, se viertan e integren en la sociedad global mexicana, pero teniendo la precaución de sustituir (antes o en ese momento) el control social comunitario por el societario (nacional), sin lo cual las oleadas de migrantes (indígenas aquí, alienígenas en Estados Unidos de América) no contribuirán a una síntesis superior (al gran crisol que proclamaban ser los Estados Unidos) sino a la anomia, a la disgregación, al caos.

La necesidad de redactar la Biblia (el libro) y los libros (seculares) en términos que todos puedan entender y que todos puedan utilizar, para su propio bien y para el bien común, es una tarea difícil, apasionante, que tiene que basarse en consideraciones

sociolingüísticas y apoyarse en experiencias sociopedagógicas capaces de hacer de un número creciente de seres humanos, miembros ilustrados y solidarios de una sociedad humana, que —aunque ya a varios milenios de la aparición del hombre sobre la Tierra— apenas se encuentra en formación y se enfrenta también, al riesgo inminente de ser destruida.

Oscar Uribe-Villegas

Yugoeslavia: Ediciones de la Biblioteca de "*Sociologija Sela*" de Zagreb.

El Instituto de Investigaciones Sociales del Centro de Sociología Rural y Urbana de la Universidad de Zagreb, ha creado una nueva Biblioteca para publicar las investigaciones y los libros de los colaboradores del Instituto sobre los problemas del campo, la agricultura y las relaciones campo-ciudad. Hace casi dos años que se publicó el primer libro y hasta hoy cada seis meses sale uno nuevo.

Queremos presentar las publicaciones de esta Biblioteca. El interés por estas investigaciones es cada día mayor, porque la transformación del campo y de ciudades yugoslavas están en nuevo y rápido proceso:

SUVAR/Stipe/ "*Izmedu zaseoka i megalopolisa*" /*Entre la aldea y la megalópolis*/, N° 1, 1973, pp. 242.

El libro de S. Suvar contiene varios trabajos, producto de los diez últimos años de investigación, que plantean problemas de sociología rural y urbana. Como el director del Instituto Agrario de Zagreb, S. Suvar, ha hecho muy importantes investigaciones sobre el campo, su interés se ha canalizado también hacia los problemas del urbanismo; en este dominio

ha realizado con los jóvenes investigadores varios proyectos acerca de la situación de los pueblos cercanos a las grandes ciudades.

La problemática que trata en su libro se puede presentar como sigue: orientación y aspiraciones de la juventud rural, la religiosidad en el campo, el tiempo libre, la comunicación social, el problema de información, la relación entre la ciudad y el campo, etcétera.

Una de las principales tareas del libro es presentar a los estudiantes de sociología, y urbanistas que se interesen en los aspectos sociológicos de planificación y ordenación del espacio rural-urbano, un manual. Sin embargo, como prácticamente en nuestro país no tenemos una vasta literatura del campo y la ciudad, este libro de S. Suvar significa, en realidad, más que un manual.

Por esta obra Suvar obtuvo el Premio Anual de Ciencia de la República de Croacia del año 1974.

GRUPO DE AUTORES "*Tipologija ruralnih sredina u Jugoslaviji*" /*La Tipología de los Medios Rurales en Yugoslavia*/, N° 2, 1973, pp. 215.

Actualmente resulta difícil crear la tipología de la sociedad rural yugoeslava entre otras cosas, por el proceso de transición agraria, la heterogeneidad de las regiones, sus diferentes grados de desarrollo, las condiciones socio-económicas bajo las cuales se desarrollaron, tal como el crecimiento de las grandes ciudades y el declinar cada día mayor de los pequeños pueblos rurales. Sin duda, todo esto determina la situación actual, pero al mismo tiempo, aporta mucho material e impone la obligación de investigar.

El libro contiene varios trabajos de diferentes autores a nivel teórico y empírico, pero en general, trata de lo siguiente: el método tipológico en